



# reflexiones

ACHIM STEINER

Secretario General Adjunto de las Naciones Unidas y  
Director Ejecutivo del PNUMA

Diecisiete años después de que se suscribió en Río de Janeiro el primer tratado de las Naciones Unidas sobre el clima, el mundo vuelve a reunirse, esta vez en Copenhague, para llevar su respuesta internacional a un nivel más alto y más decisivo. Ninguna reunión de gobiernos relacionada con un acuerdo ambiental ha atraído tanta atención pública como esta. Miles de millones de personas de todo el mundo estarán pendientes de lo que finalmente decidan los ministros y jefes de Estado de más de 190 naciones.

La reunión de la convención de las Naciones Unidas sobre el cambio climático ha congregado al mundo como quizá no se haya visto desde la Segunda Guerra Mundial, y ha unido también a las Naciones Unidas. Ban Ki-Moon, Secretario General de la organización, ha trabajado infatigablemente para que el nuevo acuerdo, pleno de credibilidad científica, sea un momento crucial en los asuntos humanos. Él sabe desde el primer momento que el cambio climático constituye la amenaza y el obstáculo más extraordinarios para la seguridad, el desarrollo y el bienestar de la humanidad. Ha comprendido también que, aun así, brinda una oportunidad inmejorable de catalizar una economía verde con bajas emisiones de carbono y un uso eficiente de los recursos, que -de lograrse con rapidez y amplitud— pueda satisfacer las necesidades y aspiraciones de 6.000 millones de personas hoy en día y 9.000 millones en 2050.

La movilización del sistema de las Naciones Unidas en pos de ese fin y del de garantizar que se llegue a un nuevo acuerdo en el ámbito de la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático no tiene precedente, y el PNUMA y su personal han sido parte de ese cambio y desafío. Junto con

otros colegas de las Naciones Unidas, hemos hecho un esfuerzo denodado en esferas tales como la ciencia, los negocios y la gestión de la energía y los recursos naturales a fin de echar luz sobre la profusión de opciones y elecciones de que disponen los gobiernos para destrabar los mercados y hacer lugar a la innovación.

El Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático, establecido en conjunto por el PNUMA y la Organización Meteorológica Mundial, es el parámetro de referencia en lo que hace a la realidad de las crecientes emisiones de gases de efecto invernadero. A través de la Iniciativa Financiera del PNUMA, se han movilizado compañías de seguros, bancos e inversionistas con el fin de promover la inversión que mueva a los mercados hacia las empresas con bajas emisiones de carbono.

También ha aumentado la colaboración en todo el sector industrial; ejemplo de ello es la nueva iniciativa global para impulsar el uso de bombillas que ahorran energía, en la que participan Osram y Phillips, empresas líderes en el mercado, y que cuenta con la financiación del Fondo para el Medio Ambiente Mundial.

La movilización de la opinión pública por medio de iniciativas como la Campaña de los mil millones de árboles y la campaña Sellemos el Acuerdo ha dado voz a millones de personas que se sentían incapaces de hablar. La iniciativa del New Deal Verde Mundial — lanzada el año pasado con el objeto de hacer frente a muchas crisis a la vez, incluido el cambio climático — ha resonado en capitales que van de Seúl a Beijing y de Canberra a Londres, Berlín y Washington.

Se ha puesto de relieve el papel central, aunque muchas veces soslayado, que cumplen los ecosistemas en la mitigación del cambio climático y en la ayuda a las economías para que se adapten a él. Hace apenas unas semanas se dio a conocer el informe Carbono Azul del PNUMA, en el que se subraya el papel que pueden cumplir los ecosistemas costeros y marinos como los manglares, las zosteras y algas marinas y las marismas. Si se redujera la deforestación en tierra firme y, al mismo tiempo, se restaurara el alcance y la sanidad de esos ecosistemas, disminuirían las emisiones hasta un 25% de lo necesario para evitar el cambio climático “peligroso”. Y se mejorarían además las defensas costeras, los criaderos de peces, la pureza del agua, el turismo y las perspectivas de empleo tanto en los países en desarrollo como en los desarrollados.

El cambio climático no va a desaparecer así como así, como si fuera apenas una pesadilla, si los gobiernos se van de Copenhague sin haber cerrado un acuerdo serio. Se podrá detener el reloj de los negociadores, pero no el del clima si no se toman medidas comprometidas que supongan un cambio. Y cuanto más espere el mundo, más difícil, costoso y perjudicial será el cambio climático.

Copenhague representa la oportunidad de planificar el futuro con previsión y consideración. De lo contrario, el futuro se planificará solo. Y, de ser así, bien podría agotar la capacidad de adaptación de las instituciones nacionales y mundiales, con lo que las sociedades se verían obligadas a luchar por hacer frente a los acontecimientos ya en curso y se pondría en jaque los cimientos de los que depende la civilización moderna.